

Federico Lleras Acosta

Por Antonio Gómez Restrepo

Marsella, el alegre puerto francés guarda dos recuerdos dolorosos para los colombianos. Allí rindieron la jornada de la vida dos compatriotas ilustres que iban de tránsito para otros países. Uno de ellos fue el grande y santo arzobispo Mosquera, quien falleció en el momento de dirigirse a Roma en donde le esperaban los brazos paternos de Pío IX. El otro, es el doctor Federico Lleras Acosta, que muere en los momentos precisos en que se aprestaba a concurrir a un congreso de sabios para presentarle el sazonado fruto de sus largas experiencias científicas. Es un duelo para la patria y para la ciencia.

Federico Lleras fue un ejemplar magnífico de lo que pueden el talento y la enérgica voluntad. Era la culminación de una raza inteligente y activa, destinada a difundir generosamente la cultura entre los jóvenes. Su padre don Federico, institutor notabilísimo, murió prematuramente; pero el hogar no se deshizo, quedó, formando centro de él, una mujer admirable, doña Amelia Acosta, la cual supo hacer frente a la adversidad y formó a sus hijos en la escuela del bien y del honor. Todos ellos recibieron una esmerada educación que les ha permitido servir a la patria y ocupar puestos relevantes en la sociedad. Cuando Federico formó su hogar, en la primera juventud, no contaba con otras armas que su inteligencia, su rectitud y su energía. Buscó una compañera digna de él; ella fue su consuelo y su apoyo en momentos difíciles. El hombre de ciencia y la mujer cristiana, unidos en armonioso e íntimo consorcio, formaron una de las familias que gozan de mayor prestigio en el país.

Bajo su apariencia endeble, ocultaba Federico Lleras el alma de un titán. Atenaceado por las dolencias físicas, martirizado su cuerpo por una férrea armazón que sostenía su columna vertebral, este hombre, que pasaba las noches sin sueño, nunca dejó de madrugar, para dirigirse al laboratorio a fin de continuar sus estudios. Y esta labor era absolutamente desinteresada; no pensó en el dinero, sino en servir a la ciencia y

en hacer el bien a sus semejantes. No deja grandes bienes de fortuna, pero sí una estela luminosa.

Este hombre de gabinete muere, como pudiera hacerlo un guerrero, en la primera fila de combate. La ciencia tiene también sus mártires. Cuando Lleras emprendió su viaje final, bien conocía las condiciones precarias de su salud; pero resolvió arrostrar el peligro con tal de presentarse con el resultado práctico de sus largas investigaciones, para que, si obtenían el éxito que él esperaba ante una asamblea mundial, sirviesen para el alivio de una triste porción de la humanidad, abriesen quizá el camino para el definitivo vencimiento de uno de los más crueles flagelos, y esa merecida gloria se reflejase, más que sobre él, sobre esos hijos que él amaba, con el amor más intenso y profundo.

Porque este hombre, de apariencia austera, y poco aficionado a las expansiones verbales, tenía un gran corazón, rebosante de ternura, de esa ternura delicada, propia de las almas fuertes. Quien lo oyó discutir con el calor característico de las gentes de su raza y condenar en frases vehementes, cuanto consideraba merecedor de censura, pudo imaginarse que en el seno del hogar sería un jefe excesivamente autoritario. Nada más ajeno de la verdad: era el más suave y cariñoso padre de familia; el más solícito en complacer a los suyos. De aquí la felicidad inalterable de su casa; felicidad cuya duración pudo contarse por la de sus años de matrimonio. Ninguna sombra se proyectó sobre su familia en cuya alegría se adivinaba la bendición de Dios.

Lleras ha muerto, como Caldas, con el cerebro lleno de ideas luminosas y de fecundas iniciativas. No siempre el sembrador alcanza a recoger todo el fruto de su cosecha. Caldas perece, fusilado por la espalda, en día aciago para la patria y para el prestigio de España. Pero no son las balas los únicos proyectiles eficaces para herir por la espalda y a mansalva. Y por lo menos, el sabio payanés, fue abatido por manos extranjeras.

Lleras tuvo la satisfacción de no verse incomprendido por la sociedad que lo rodeaba, como ha acontecido a tantos hombres eminentes. Se le admiraba y se le quería. Su prestigio fue indiscutible. Y su obra no ha naufragado con su desaparición. Quedan sus estudios, quedan discípulos que supieron comprenderlo; queda su hijo, que lleva su mismo nombre, que fue su constante colaborador en el laboratorio y que continuará por la vía luminosa que le trazó su genitor. Y queda ese instituto que el gobierno nacional, con largueza digna del mayor aplauso, levantó de acuerdo con los planes del maestro, para que

éste desarrollase allí ampliamente sus estudios, y, encerrado como un monje laico dentro de esos muros inviolables, pudiese considerarse como dueño de ese santuario silencioso, en donde, del estudio de lo infinitamente pequeño, debían surgir grandes descubrimientos.

Hay hombres de laboratorio, que, por estar en perpetuo contacto con la materia, pierden la noción del espíritu. En Lleras no hubo esa limitación. Como Pasteur, el maestro a quien rendía el más fervoroso culto, fue siempre un espiritualista y un cristiano. El estudio minucioso de los fenómenos físicos no impidió a estos hombres elevarse a la esfera de lo trascendental y lo absoluto. Fueron sacerdotes de un ideal elevadísimo y supieron expresar altos conceptos con sencilla y noble elocuencia.

En esta hora de supremo dolor, que compartimos con toda la efusión de nuestro afecto, enviamos nuestro pésame más sentido a la desolada compañera del maestro, a la que ha sido y seguirá siendo la mujer fuerte del Evangelio; a sus hijos, que mantienen con altiva dignidad el honor de los apellidos que llevan; al grupo gentilísimo de sus hijas, cada una de las cuales era para él justo motivo de orgullo, y de manera especial, a las dos que lo han acompañado en la hora final y que, lejos de la patria lloraron sobre su cadáver: Elvira, que ha consagrado sus años juveniles a la dirección de obras sociales, en beneficio de la niñez y a la realización de fuertes estudios, con éxito admirable, e Isabel, la egregia poetisa, flor perfecta de la más delicada cultura y que hoy se ve detenida, en una marcha no interrumpida de triunfos, por el primer gran dolor de su vida.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Consiliario y catedrático de este Colegio Real Mayor.

